

[Publicado previamente en: *Jano. Medicina y Humanidades* 73, 1973, 71-72, 74, 77, 80-81, 84 y 87. Editado aquí en versión digital por cortesía del autor, como parte de su *Obra Completa* y bajo su supervisión, con la paginación original].
© José María Blázquez

Una droga en la Antigüedad: las carreras de caballos

José María Blázquez Martínez

[71 →]



Fragmento de crátera ática hallada en Farsalia, pintado por Sofilos. Primer cuarto del siglo VI a.C. Representa las carreras de caballos celebradas por Aquiles en honor de su amigo Patroclo, muerto.

Las carreras de caballos fueron uno de los grandes entretenimientos de Grecia, Etruria y Roma en la Antigüedad, con carácter diferente, ya que en la Grecia arcaica y en Etruria tuvieron en principio un carácter funerario y en Grecia también religioso; eran competiciones que se celebraban con ocasión de las honras fúnebres de los personajes importantes o en las grandes fiestas de los santuarios panhelénicos. Las primeras huellas de hipódromos, como campo donde corren carros tirados por caballos, se hallan en la leyenda relativa al desafío entre Pelope y Enomao. Pelope es un héroe de la península del Peloponeso, la actual Morea, en Grecia; su leyenda se localizó en Olimpia, uno de los más famosos santuarios consagrado a Zeus, donde Pelope y su esposa Hipodamia eran probablemente dioses indígenas, después sustituidos por Zeus, el padre de los hombres y de los dioses, y por su esposa Hera. Según Ferecides, uno de los más célebres logógrafos, que vivió en Atenas y escribió unas *Historias* o *Arqueologías*, donde celebraba a los dioses y a familias ilustres, había logrado Pelope la mano de Hipodamia al vencer en la carrera de carros al padre de la novia, Enomao, cuyo auriga, de nombre Mirtilo, se había dejado so-

bornar por Pelope y había quitado el pasador a una rueda del carro de Enomao, con lo que volcó éste y fue arrastrado por los caballos. Según otra versión seguida por Píndaro, el gran poeta lírico griego de la primera mitad del s. V a. C., Pelope, que había vencido gracias a los caballos con alas que le regaló el dios marino Poseidón, después de la victoria sobrevoló con ellos el mar Egeo, durante este viaje mató Pelope a Mirtilo que le perseguía. Homero ya habla de hipódromos, de doble pista, colocados en una llanura, que los carros recorren en doble sentido, girando alrededor de la meta. La primera carrera de carros de la que se tiene noticia histórica se celebró en el mencionado santuario de Zeus en Olimpia, donde cada cuatro años tenían lugar unas grandes y variadas competiciones agonísticas, en las que participaban deportistas de toda Grecia; durante estas fiestas las ciudades griegas en armas hacían una tregua. Pausanias, escritor de la segunda mitad del s. II, que visitó Grecia y escribió una especie de guía turística para visitantes, aludió a esta primera carrera de carros, celebrada en la Olimpiada XXV, que corresponde al año 680 a. C. El premio al vencedor era una corona de acebuche. El primer vencedor en las carreras de caballos conocido se llamaba Corebo de Elis, ciudad próxima a Olimpia. Antes de esa fecha se sabe por las pinturas de los vasos áticos depositados en las tumbas, s. VIII-VII a. C., que se celebraban carreras de carros con ocasión de los funerales de los personajes importantes; estas competiciones ilustran muy frecuentemente el vientre de los vasos; unas veces son carros tirados por cuatro caballos, otras por dos; los carros son de dos o de cuatro ruedas, y a veces al auriga, acompaña un guerrero, tales son las carreras de carros del ánfora geométrica n.º 844 del Museo Nacional de Atenas, o de la crátera n.º 990 del mismo Museo; en esta última pieza el carácter de ritual funerario de la carrera está más acentuado, ya que encima de la carrera se representa la conducción del cadáver sobre un carro de cuatro ruedas, tirado por una biga, acompañado de hombres que se mesan los cabellos. Homero también conoce las carreras de carros arrastrados por caballos: el poeta describe la que organizó Aquiles en honor de su íntimo amigo Patroclo, tema que Sofilos pintó sobre un fragmento ático, fechado en el primer cuarto del s. VI a. C. Aquí el carro está tirado por una cuadriga y el artista ha colocado a los griegos, sentados sobre una pirámide escalonada, vociferando y gesticulando. Como Homero en *La Iliada* canta el mundo micénico del tercer cuarto del segundo mile-

[72 →]

nio a. C. cabe suponer que las carreras de carros con carácter de ritual funerario que se celebraban con ocasión del sepelio de los difuntos ilustres, son en origen un ritual funerario micénico, lo que tiene confirmación en una serie de estelas de Micenas, colocadas sobre tumbas, en las que se representan carreras de carros, tirados a veces por toros. En las Olimpiadas las carreras de carros tienen carácter religioso, pero no son rituales funerarios. En cambio en Etruria, las carreras de carros conservaron su carácter de rituales funerarios, y así competiciones de carros se representan con cierta frecuencia en las pinturas de las tumbas etruscas; baste recordar la Tumba de las bigas en Tarquinia, fechada a principio del s. V a. C., con una tribuna de espectadores que contemplan las peripecias de las carreras y que charlan amigablemente entre ellos. En un cipo de Chiusi, datado en los siglos VI-V a. C. se representa una carrera de carros; aquí tres caballos tiran de cada uno de ellos; los carros son de dos ruedas y extraordinariamente ligeros, como los griegos; las aurigas llevan a veces fustas, y el escultor los ha representado en el momento de frenar los caballos. Una escena muy parecida se ve en el friso superior de la Tumba del Colle Casuccini, de principios del s. V., también en Chiusi. Las carreras de carros con carácter funerario eran muy numerosas en Etruria. Se



Mosaico de Piazza Armerina, Sicilia, hasta el año 300. Representa las cuadrigas de los cuatro facciones saliendo al circo de las carceres.



Tumba del Maestro delle Olimpiadi 531-520 a.C. Las carreras de carros o de caballos decoran frecuentemente las tumbas etruscas. Los etruscos eran muy aficionados a las carreras.

conocen testimonios no sólo de Tarquinia o de Chiusi, sino también de las estelas felsinas halladas en Bologna datadas entre los siglos V-IV antes de C. En éstas siempre dos caballos arrastran el carro. En las tumbas etruscas descubiertas después de la Segunda Guerra Mundial, las carreras de carros es tema decorativo de las cámaras sepulcrales al que ha acudido con frecuencia los pintores etruscos;

[74 →]



Mosaico de Piazza Armerina. Sicilia. El hipódromo y la spina en el centro del circo, alrededor de la cual los carros corrían.

es suficiente mencionar la «Tomba degli Olimpiadi», 530-520 a. C. y la «Tomba del Maestro delle Olimpiadi», de la misma fecha.

Grecia siempre crió buenas razas de caballos. Argos, Tesalia, Beocia y Rodas fueron famosas, al igual que España, Capadocia y Sicilia en época romana, por sus yeguas. En Grecia hubo varios tipos de carreras de caballos. Ya hemos aludido a carreras de carros, en época arcaica, tirados por cuatro o dos caballos. En la Olimpiada XXXIII, año 648 a. C. ya se corría montando el jinete el caballo; no se usaba por estos años ni silla, ni estribo, tan sólo se cubría al caballo una especie de gualdrapa. En los juegos olímpicos, por cierto tiempo, también participaron carros tirados por mulos, pero no tuvieron gran aceptación, ni se generalizó este tipo de carreras, salvo en Sicilia, de donde procedían, como Psaumis de Camarina y Agesias de Siracusa, algunos que obtuvieron victorias con estos animales. Estas carreras fueron celebradas por el gran poeta lírico Píndaro. En Sicilia fueron muy populares, ya que carros tirados por mulos se representan en las monedas de Reggio y de Messina. A finales del s. V a. C. se generalizó el tiro de dos

caballos. La organización de los juegos olímpicos en el s. IV a. C. reglamentó las carreras de caballos, subdividiéndolas en dos categorías, para caballos adultos y para potrancos. Esta subdivisión pronto se extendió a todos los juegos panhelénicos, donde intervenían caballos.

En Atenas en el siglo IV a. C. las carreras de caballos gozaron de gran aceptación, se introdujeron ahora diferentes distancias para las carreras. De gran vistosidad resultaban las carreras de velocidad sobre una pista derecha, sin curvas. Las inscripciones áticas aluden a diversos géneros de competiciones hípicas, a veces se lanzaba la jabalina desde el animal; se corría también con carros de diversas formas, como de procesión y de guerra. Existían igualmente carreras de caballos especialmente aptos para la guerra, y maniobras de caballería. Incluso se conocen competiciones mixtas. Dionisio de Halicarnaso describe una carrera, en la que junto al auriga intervenía un peatón, que al final de la carrera se tenía que bajar del carro y salir corriendo hacia la meta. Esta última forma de carreras exigía conjugar el esfuerzo del caballo, la habilidad del auriga, y el entrenamiento del que corría a pie. Una inscripción de Oropos, del siglo IV, es interesante por mencionar un programa de carreras de caballos; en ella se alude a carreras de carros con dos o cuatro caballos, con carros de tipo especial, y con caballos de distintas edades; todo estos datos demuestran que en Grecia en el s. IV, coincidiendo con la gran crisis del Mundo Griego, que siguió a la terminación de la Guerra del Peloponeso, 404 a.C., las carreras de caballos gozaron de general aceptación y que las fiestas atenienses se convirtieron en un modelo a imitar por otras ciudades. Las fiestas hípicas en Atenas se consideraban una excelente preparación para la guerra y un magnífico entrenamiento militar. Platón (428-348 a.C.) prestó especial interés a las carreras de caballos y el filósofo introdujo el manejo del caballo en su sistema educativo. La equitación formaba parte de la educación práctica de los griegos. De las numerosas inscripciones alusivas a carreras de caballos se deduce que el honor de la victoria revertía no sobre el auriga, sino sobre el propietario del animal, sobre los que le entrenaban y cuidaban. Las carreras de caballos, como lo indica muy bien la poesía de Píndaro, tuvieron siempre en Grecia un carácter aristocrático, pero frecuentemente también un ca-

[77 →]

rácter político. Píndaro celebró a las grandes familias de Sicilia y de Grecia continental, que tenían a gala el participar en las carreras de caballos. El criador de caballos más famoso de Grecia fue sin duda Alcibiades, el famoso discípulo de Sócrates, joven calavera por el que el pueblo ateniense sintió siempre una gran simpatía y que repetidas veces traicionó a su patria en el siglo V. El historiador ateniense del siglo V, Tucídides (455-395 a.C.) recuerda algunas célebres victorias suyas en el hipódromo, como la del año 416 a.C., en que sus carros obtuvieron el primero, segundo y cuarto puesto. Esta victoria indica que una misma cuadra podía presentar varios carros y la existencia ya de cuadras perfectamente organizadas. Una inscripción de Mistia del siglo II a. C. señala que un mismo propietario no podía entonces presentar más que un solo carro o caballo en una misma carrera, pero esta costumbre es ya de plena época romana.

Una particularidad notable de las carreras de caballos es que podían correr caballos también de los que las mujeres fueran propietarias. Las fuentes literarias y epigráficas conservan los nombres de varias de estas mujeres, cuyos carros vencieron en las carreras hípicas. En este aspecto, famosa fue en el siglo IV a. C. la hermana del rey espartano Agesilao, Cinisca, que venció en Olimpia. El biógrafo de su hermano, el ateniense Jenofonte (435-355 a. C.), escribe que «fue la única mujer de toda Grecia que obtuvo aquella corona de victoria». En Esparta, donde las mujeres gozaron siempre de una gran

libertad y no estaban recluidas en los gineceos, participaron Siempre con carros en los hipódromos. Cinisca es la primera mujer premiada en los juegos de Olimpia. En el año 264 a.C. venció con un tiro de dos potrancos Belistijes de Macedonia, cuando se presentó por vez primera en Olimpia este tipo de competiciones.



Escena de circo. Detalle del mosaico de Gafsa, siglo V. Museo de Bardo. Las carreras apasionaron a los romanos durante muchos siglos, nunca entraron en decadencia.

En el s. IV a. C. se dio un caso curioso, que mencionan una inscripción griega y el citado escritor Pausanias: Trollo, que era juez de la carrera, venció en una carrera de caballos, y con el carro tirado por potrancos, en la Olimpíada CII,



En Roma conservaron las carreras de carros el carácter funerario con que aparecen en Etruria y Grecia, como indica bien este sarcófago, fechado en el año 150, del Museo de Nápoles. Representa una carrera en el circo.

[80 →]

año 372 a. C. Después de esta victoria se legisló que ningún juez podía participar con caballos en las carreras. El gran escultor del siglo IV a.C., Lisipo, hizo una estatua de este vencedor. El texto de Pausanias referente a esta carrera es importante, porque prueba que al menos en Olimpia existía ya una reglamentación minuciosa de las carreras de caballos, con carro o sin él.



Mosaico de Gerona. Museo Arqueológico de Barcelona. España crió siempre muy buenas razas de caballos. Los caballos hispanos corrían en Roma, Bizancio, Antioquia, etcétera.

También se daba en el s. IV a. C. la novedad de que los caballos o los troncos de caballos fueron propiedad de una ciudad, que era la vencedora, y así se menciona un caballo de carreras propiedad pública de los habitantes de Argos, y un tiro de cuatro caballos propiedad pública de la misma ciudad, que corrieron respectivamente en las Olimpiadas LXXV y LXXVII, años 480 y 472 a. C. Entre los siglos IV-II a. C. las carreras de caballos gozaron de gran aceptación en Atenas y comprendían carreras para distintas categorías de propietarios: de los filarjos, de los caballeros, de los ciudadanos, y de cualquier propietario. Todo esto indica que las carreras eran muy populares. Igualmente se conocen datos concretos sobre características de las carreras. Ya Homero en *La Ilíada*, libro veintitrés, y en la *Electra* de Sófocles, se dan datos muy concretos sobre el particular. Homero se fijó en los participantes en la carrera en las honras fúnebres de Patroclo, en los caballos, y menciona dos caballos del carro de Menelao, Podargos y la yegua Aite, de esta última se especifica el origen. El poeta épico tiene ya una concepción muy moderna de las carreras de caballos al señalar la selección de los caballos y su genealogía, y en cierta manera son sus versos la primera crónica hípica de la que hay noticia. Homero conoce ya el sorteo de los caballos, que determina la colocación de los carros o de los caballos en el punto de partida. El caballo situado en el lado interno de la pista tenía cierta ventaja sobre el colocado en el exterior, que tenía que recorrer más trecho.

Los espectadores participaban activamente en la carrera con voces y gestos, animando a los corredores, tal como se observa en el citado vaso del pintor Sofilos y se deduce de la *Electra* de Sófocles.

En Roma las carreras de carros despertaron un vivísimo interés siempre. Era el espectáculo que suscitaba más afición y el que apasionaba más a la masa. Este interés estaba originado no por interés por los aurigas o por los caballos, sino por las facciones en que estaban encuadrados los aurigas y los caballos. En la Roma antigua participaban en las carreras los ciudadanos notables con sus troncos de caballos y sus esclavos. El premio era una corona, que se tenía en tan alta estima, que se depositaban sobre el féretro del propietario el día del sepelio de éste. Generalmente los aurigas procedían de los estratos más bajos de la sociedad, eran esclavos o libertos. La recompensa varió con el tiempo: unas veces eran palmas, otras coronas, premios en dinero o vestidos valiosos. Se conocen los nombres de varios aurigas famosos, como Escirto, que corrió trece años (13-25) en el bando de los blancos. Entró siete veces el primero en la meta, 39 veces el segundo y 60 el tercero. Escarpo vivió a finales del siglo I, en tiempos de Domiciano; según el poeta Marcial, llegó a ganar en una hora quince bolsas de oro; el poeta se queja de que los paseantes del pórtico de Quirino no leían sus epigramas, ocupados en charlas y apostar sobre Escorpo o Incitato. Su contemporáneo Juvenal habla de otro auriga que ganaba tanto dinero como cien abogados juntos. El auriga Crescente,

[81 →]

un árabe que corrió en el bando azul y que empezó a correr a los trece años, entre los años 115 y 124, corrió 686 veces, obteniendo 47 veces el primer premio, 130 el segundo y 111 el tercero, llegando a ganar en total 1.558.346 sestercios. El auriga más famoso de todos los tiempos romanos fue el lusitano C. Apuleyo Diocles, al que se le erigió un monumento después del 146. Pertenece al bando de los rojos. Corrió 42 años, empezando a correr a los 18 años, participó en 4.257 carreras, y obtuvo 1.462 victorias. En las carreras de un carro salió vencedor 1.064 veces, en las de dos carros 347 veces, y en las de tres 51 veces. Algunas veces corría con tiros de seis y siete caballos. C. Apuleyo Diocles llegó a ganar con las carreras 35.863.120 sestercios. Dos caballos suyos llegaron a obtener 100 o más victorias y uno más de 200. En un año logró 134

victorias, de las que 118 eran carreras de un carro que eran las más apreciadas.

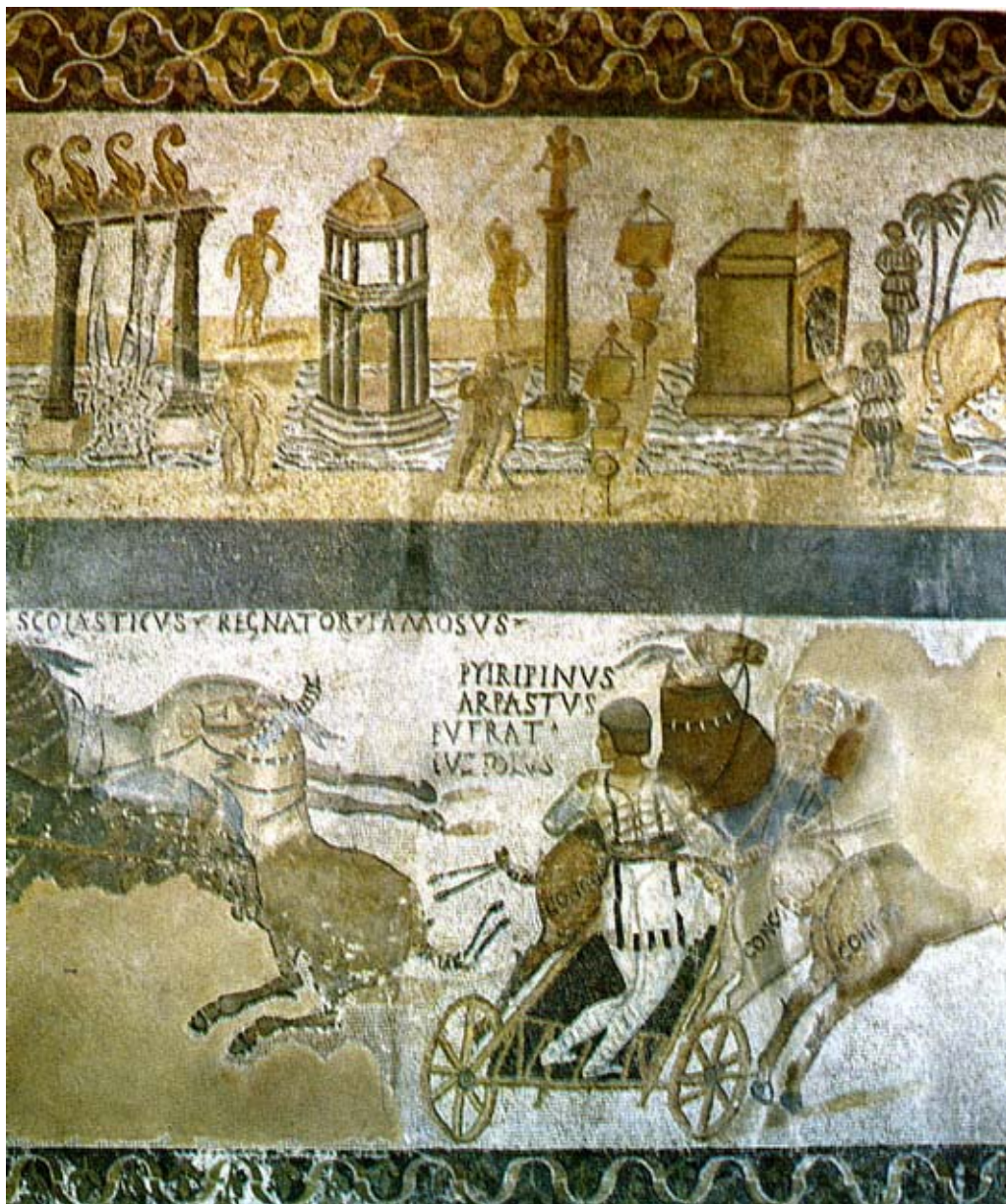


Mosaico de Gerona. Museo Arqueológico de Barcelona. Las carreras de carros gozaron de gran aceptación en España, donde había muy buenos circos, como los de Toledo, Mérida, Tarragona y Capera.

Ocho veces venció en carreras premiadas con 50.000 sestercios, con los mismos tres caballos. En un mismo día corrió dos veces disputándose un premio de 40.000 sestercios cada vez y salió victorioso las dos veces, con el mismo tiro de seis caballos. En una carrera de 50.000 sestercios, triunfó con siete caballos enganchados el uno a continuación del otro y sin yugo; en otra carrera de 30.000 sestercios venció, corriendo sin fusta. El monumento que le erigieron sus admiradores, cuya inscripción fue publicada por el gran historiador de Roma, T. Mommsen, y comentada recientemente por A. García y Bellido, cuenta todas estas victorias. A mediados del siglo I, Roma estaba ya llena de estatuas en las que los aurigas van vestidos con sus trajes típicos. Los aurigas vencedores se convertían en auténticos héroes. Incluso entre la alta aristocracia romana los jóvenes tenían a gala participar en las carreras. El padre del emperador Nerón, Domicio Athenobardo, era famoso por el arte de conducir carros. Los emperadores L. Vero, Cómodo, Caracalla, Geta y Heliogábalo fueron grandes partidarios de las carreras de caballos. Heliogábalo eligió entre ellos a sus favoritos. Los aurigas se sentían gentes mimadas e indispensables, y eran por lo general, desvergonzados e insolentes. Ya hemos indicado la procedencia de los caballos. Italia contaba con buenas razas de caballos de carreras en Apulia, Calabria y Sicilia. Los caballos hispanos de carreras eran famosísimos en la Antigüedad. Ya en el siglo I la Lusitania, actual Portugal y Extremadura, criaba unos caballos tan veloces que se extendió el rumor, propalado por los escritores de comienzos del Imperio, o de finales de la República Romana: Varrón, Plinio, Columela, Virgilio, Silio Itálico y Justino, autor este último que extracta a Trogo Pompeyo, historiador contem-

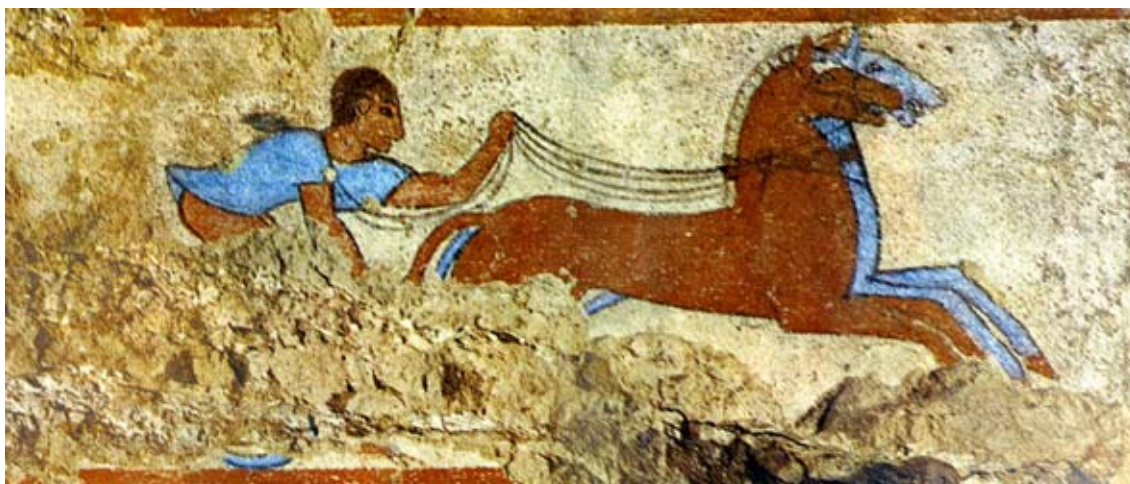
poráneo de Augusto, de que a las yeguas las preñaba el viento Céfiro. El hispano Marcial celebra por su velocidad también a la raza de Asturias, llamados asturcones, citados por vez primera en el año 165 a. C. con ocasión de la entrada de Antioco IV Epifanes en Antioquía de Siria. En la Roma de mediados del siglo I, el poseer un caballo asturcón era señal de distinción. Otra raza hispana de caballos, alabados por Justino, por su rapidez en la carrera, era la de los tieltones de Galicia. Vegetio en su tratado de Veterinaria rotundamente afirma que los caballos hispanos son los mejores que corren en el circo. A finales del siglo IV, Símaco, prefecto de Roma, pide a varios hispanos, propietarios de yegadas, que le envíen caballos para las carreras. Por esta época los caballos hispanos corrían en los hipódromos de Antioquía.

[84 →]



Mosaico de Gerona. Museo Arqueológico de Barcelona. Las carreras del circo conservaron siempre un carácter de ritual religioso, una imagen de Cibeles presidía la actuación.

Los caballos de carreras se comenzaban a entrenar a los tres años cumplidos y llegaban a alcanzar unos precios fabulosos. Los aficionados a las carreras conocían perfectamente el historial de los caballos y de los aurigas. La doma era tan perfecta, que los escritores cuentan algunos datos asombrosos. En época de Claudio (41-54), refiere Plinio que un



Tumba del Maestro delle Olimpiadi. La introducción de las carreras de carros con carácter funerario en Etruria se debe muy posiblemente a los griegos. Los artistas etruscos lograron un gran realismo en la representación de estas carreras.

auriga del bando de los blancos salió despedido al comienzo de la carrera, no obstante los caballos llegaron los primeros a la meta, y se pararon en seco nada más llegar. A los caballos se les excitaba mediante el fuego de antorchas, los colores chillones, y los sonidos de danzas o con la música de las flautas. En las carreras de cuadrigas, que eran las más corrientes, el mejor de los caballos se enganchaba siempre en la parte de fuera del lado izquierdo, pues su habilidad era decisiva para obtener la victoria. Los mejores caballos eran conocidos de todo el mundo. El emperador Calígula (37-41) llegó a pensar en hacer cónsul a uno de ellos; cuando corría, los soldados prohibían toda clase de ruidos en las proximidades de la cuadra para no perturbar su descanso. Los emperadores Nerón (54-68), L. Vero y Cómodo (180-192) concedieron una jubilación a los caballos que por viejos no podían continuar corriendo. La organización de las carreras de caballos corría a cargo de especiales sociedades de capitales y de propietarios de gran número de esclavos y de caballos. Corrían generalmente en cada carrera cuatro carros, que correspondían a las cuatro sociedades que proporcionaban los caballos, el auriga y el carro. Los carros y los aurigas tenían un color determinado, y este color era también el de la sociedad. Eran cuatro los colores: el blanco, el verde, el rojo y el azul. Los organizadores de las carreras se

[87 →]

entendían con las sociedades; Nerón se vio obligado a fijar el precio, y Cómodo alargó los días de carreras para enriquecer a los contratistas, que recibían a veces regalos de los particulares, como el que hizo Gordiano I, en el siglo III, que repartió entre ellos cien caballos capadocios y otros tanto sicilianos, y Símaco les regaló a cada uno, con ocasión de los juegos organizados por su hijo, cinco esclavos. Cada compañía contaba un gran número de personal, además de los directores, que pertenecían generalmente al orden ecuestre, de los aurigas, de los que trabajaban en las yeguas, en las cuadras y en la pista, se mencionan zapateros, sastres, constructores de carros, veterinarios, entrenadores, mensajeros, camareros y administradores. Las cuadras estaban enclavadas al pie del

monte Capitolio, en las cercanías del Circo Flaminio. Tenían un lujo imperial: Calígula pasaba mucho tiempo en ellas y comió frecuentemente en las cuadras de los verdes.



Mosaico de Piazza Armerina, Sicilia. Las carreras de carros ocasionaban frecuentemente gran número de pérdidas en vidas humanas y de caballos. Los artistas han representado frecuentemente los accidentes.

En Roma y en Constantinopla las carreras de carros degeneraron pronto en banderías, y dividieron a la población, incluso a los esclavos y al proletariado. Furtwängler escribe sobre el particular, que «nada caracteriza mejor lo monstruosa que era la situación política de Roma que esta concentración del interés general en torno a las carreras y a los juegos del circo, y nada tampoco revela tan claramente el proceso de creciente degeneración moral y espiritual de la capital del Imperio». Los emperadores miraban con buenos ojos estas banderías, que apartaban a la población de los problemas realmente importantes, como eran la corrupción e inmoralidad en la administración pública y en el ejercicio del poder, la carestía de vida, la situación frecuentemente catastrófica del proletariado y de las masas de esclavos, el peligro de las invasiones bárbaras en las fronteras, la concentración de riquezas en pocas manos, etc. Varios emperadores simpatizaban y favorecían un bando determinado, como Vitelio (68) y Caracalla (211-217) a los azules, y Calígula, Nerón, Domiciano (81-96), L. Vero, Cómodo y Heliogábalo (218-222) a los verdes; incluso amenazaban y perseguían a los partidarios de otros bandos. En Roma lo que realmente interesaba es saber qué bando iba a obtener la victoria, los restantes problemas carecían de importancia. El mencionado historiador Furtwängler sostiene que lo que en Roma interesaba a todo el mundo, altos y bajos, libres y esclavos, hombres y mujeres, lo que agitaba las esperanzas y los temores, era el saber si ganarían los «verdes» o los «azules». Durante los primeros siglos de Imperio cristiano, después de la conversión de Constantino, año 326, los Padres de la Iglesia lucharon contra esta pasión desenfadada de las carreras de caballos. Los escritores eclesiásticos proporcionan datos interesantes sobre el particular. Salviano de Marsella escribe que cuando los vándalos en el año 439 cercaban las ciudades de Cartago y Cirta, en el N. de África, sus

habitantes seguían divirtiéndose, como si no pasase nada, con las carreras de caballos. En Constantinopla fue donde más prendió la pasión por las carreras circenses, incluso tuvieron más de una vez un carácter político y religioso. En el año 532 en Constantinopla, gobernando el Imperio bizantino Justiniano, estalló en el circo una revuelta que, según las fuentes contemporáneas, costó la vida a 30.000 personas, y casi el trono al emperador. La última carrera de caballos de la que hay noticia la dio el rey ostrogodo Totila, en el año 549.

La afición por las carreras no decayó a lo largo de todo el Imperio. Los escritores de comienzos del Principado, como Ovidio y Plinio, aluden a ellas con cierta frecuencia, incluso cuentan datos verdaderamente curiosos, como el narrado por Plinio el viejo, que él sitúa en época de Tiberio: en el entierro de un auriga llamado Félix, del bando de los rojos, uno de sus partidarios se arrojó a la pira funeraria. A finales del Bajo Imperio, el secretario de Teodorico, el sabio Casiodoro, describe magistralmente la pasión desbordada que los espectadores sienten por las carreras de caballos. Precisamente Teodorico dio repetidas veces carreras de caballos para congraciarse con el populacho.